

El carrusel de las locas

Uno, dos, el carrusel llegó.

Es azul, como el peluche de mi infancia. Huele a cigarrillos y el hombre que nos llevará al infierno de los sanos, se parece a los amantes que enterré en mi patio. De esos que vienen a buscar a las mujeres diagnosticadas con histeria, para llevarlas al cielo, pero el cielo de los sanos es el infierno para ellas. Quería subirme, pero el carrusel me miraba con la misma intensidad con la que me juzgaron los médicos. ¿Sería esto mi liberación, o sólo otra trampa disfrazada de esperanza?



-“Querida tranquila, el carrusel no te obliga a quedarte”

Me dice la mujer con su velo negro, al notar mi nerviosismo.

-”Y cuáles son los requisitos para desaparecer?”

Pregunté

-”Te ofrece borrarlo todo. Pero la estabilidad mata a veces.”

Y me sonrió. Como si supiese a lo que se refería.

Uno, dos, el carrusel espera.

Y se nos reserva un puesto especial en el carrusel, para la *miss narcissist* y *las putas*.

Éramos ahora un rótulo prostituido, manoseado por la medicina y cada hombre que te atiende, una moda intelectual, un fetiche de mojigatas y mediocres. Porque tú, mi querida amiga, obviamente serás un caso difícil para quienes creen una verdad universal escrita por hombres marchitos, anticuados. Luego dictan estas verdades, y se sorprenden al ser mordidos.

Las putas, las narcisistas, las que mordemos. De nosotras se ha escrito. De las que añoraban libertad en tinieblas confusas pero fueron castigadas por ello. De las que siempre quisieron más, como Ana Karenina, y sus ansias por libertad con pasión.

De las que escribían poemas con su menstruación las paredes del asilo, porque tenían una necesidad abismal de crear, porque el mundo exterior no las satisfacía.

Uno, dos, con todas esas mujeres nos subimos al carrusel. Las luces del carrusel parpadeaban como las memorias que queríamos borrar, pero su giro era hipnótico, como la infancia perdida, cuando érase niña y se esperaban grandes cosas de ti, cuando eras una cosa con sueños y deseos, no la columna vertebral colgando en las consultas de los médicos. Todo estaría bien mientras estuviéramos dentro, con los espejos, me dije.

Éramos nosotras solas embriagadas frente a nuestros reflejos. Las *miss narcissist* nos observábamos; éramos reinas del espacio y tiempo, soberanas, todo el derecho sobre los médicos y nuestros cuerpos caían a nuestros pies, así nos sentíamos al mirarnos, en éxtasis. Pero aquello que nos conmovió era el simple hecho de ser una cosa de carne, algo que está allí. Y no una originalidad perdida, una individualidad aplastada en rótulos, en donde no se reconoce la singularidad de las mujeres que están locas.

Si el mundo es reinado por verdades universales escritas por barbillas anticuadas, prefiero refugiarme en mi soberano espejo, y que mi objeto de adoración sea la narcisista, la puta, y la loca que veo en el reflejo.

